

RECIEN PAGADO Y... PEDIA LIMOSNA

La Empresa de Tracción, tenía dispuesto la modalidad del pago de salario de su personal en días fijos dos veces al mes, por quincenas y por separados para cada día por Depósito, que eran éstos como división en el Ejército. Los Depósitos eran el refugio, cual hangar donde se guardaban después de su retirada los tranvías de todas las líneas de Santiago y San Bernardo. Pues bien, como se adivina, ya esta modalidad y costumbre Timoteo Villalobos, Maquinista 866, le sacaba partido en beneficio propio y personal, de muy original manera, ¡cuándo no! En estos monesteres, él no reparaba en medios, de ni como, ni cuando. Timoteo, "Alas para Chile", pertenecía al Depósito amplio y antiquísimo de Mapocho con García Reyes, llamado Cueto, por causa del número del orden de su placa Maquinista 866. Era de esa parte parcial del personal tranviario de la Empresa. Se les cancelaba sus alcances de sus salarios los días 2 de cada mes, a los otros Depósitos llamados Victoria, Mercado, Bustamante y San Bernardo, los días 3 y 4. Pues bien, Timoteo como era "Cuetino", se pagaba los días 2.

Los días 3 se veía en la puerta del Depósito Victoria, la figura de un pobre hombre, al parecer tranviario, o ex tranviario por sus viejas vestimentas que exhibía, pretéritamente habían sido nuevas quizás qué años. En una mano sostenía un casero y hechizo bastón de un grueso y chueco palo largo de leña; su otro brazo, lo lucía completamente vendado con muestra de salpicaduras de tinte rojo que presumiblemente eran manchas de sangre. Este hombre que no hacía otra cosa que mostrarse al personal de Maquinistas y Cobradores que iban saliendo del Depósito tranviario, eufórico y alegres sus rostros, pues venían pagados. (Se dirigían algunos a sus hogares, los menos; y los más, a los Bares y "picadas", que en esa popularísima y criollaza calle Victoria de Santiago, era un hervidero de ellos y de negocios Bares, Cantinas y "Club Sociales Deportivos". A todos los tranviarios que iban saliendo, que presumía que venían con sus bolsillos provistos de dinero, se les adelantaba este raro personaje, atajándoles el paso con evidente intención de solicitarles mendigantemente apoyo y ayuda, pero más ayuda que apoyo. Con voz quejumbrosa y apenas perceptible, ladeando su cabeza a un lado, factor éste que parece ser primordial en la técnica psicológica del pedir algo, y suele ser este infimo detalle factor influyente y muy decisivo para el éxito de la petición que se solicita. Pues, no hay pediguero

o mendigo que pida algo, que no le dé a su cabeza al mismo tiempo que habla, un movimiento oscilante a un lado, indiferente a la izquierda o derecha. Como si tal esfuerzo de su cuello, ayudara en algo a convencer en parte, al recalcitrante poco generoso y posible mezquino, para que cambie de opinión. Así pues, con su cuello bien desnivelado le dijo a un Maquinista:

—“Cómo le va compañero, ¿podría ayudar a un colega suyo con lo que puea? ¡ah?, yo era Maquinista en el Depósito Bustamante, hace cinco días que me despidieron por un choque que tuve, salí accidentado y de llapa me echaron, ¿se dá cuenta que soy fatal compañero?” Al oír estas palabras dichas con un tono que no cabía duda que lo que decía era verídico, y esto lo confirmaba la presencia de ese inmenso brazo enteramente vendado, aunque con vendas que no eran modelo de blancuras; pero inspiraban veracidad a cualquiera lo que decía. Era como el certificado visible que exhibía del choque que manifestaba haber sufrido.

—“Y no le ha ayudado el Sindicato, compañero?” —replicaba el solícito compañero, mientras se buscaba en su sobre de pago algún sencillo, algunas monedas menores, aprontándose para dárselas al “fatal colega”.

—“¡Chí! ¡tese callaíto coleguita!, el Sindicato me ejó abandonao a la e Dios es grande! ¡Pa sacale la cuota sindical a uno son güenos no más! ¡y cuando lo ven “jodío” a uno, toítitos lo abandonan!”

—“¡No ve, no ve!, lo mismo que igo yo. Cuando a uno le pasa algo, solito se las tiene que arreglar no más” —y diciéndole esto, le palmoteaba la espalda débilmente, pasándole todas las monedas chicas que encontró en el sobre revueltas con los billetes, alejándose rápidamente del pobre compañero despedido, no fuera hacer cosa que le fuera a exigirle mayor cooperación y ayuda monetaria, y entonces, tendría que acudir a... los billetes, y eso a él no le gustaba, ni le convenía.

—“¿Qué le pasó compañero en el brazo?” —le preguntó otro intrigado tranviario, que salía con la satisfacción del pago mostrándola en la cara.

—“No sabe ná compañero, mire lo que es la vía!, ¡accidentao y too, me echan estos verdugos! Me chocaron a mí, salí con el brazo quebrao y e llapa me despiden, ¿se a cuenta coleguita? ¡el pago de Chile!”

—“¿Y no le pagaron desahucio?”

—“Nó, salí a penas con 5 días trabajao, ¡y con 9 bocas que alimentar! ¡Pero estos carajos en sus hijos la han de pagar!”

—“¿Y el Sindicato no lo defendió?, ¿de qué Depósito era Ud. compañero?”

—“Soy de Bustamante, ¡chi! el Sindicato defiende sólo a los de su camarilla no más, ¡los e más, lo vamos por ojo!”

—“Tome compañero, con esto no más puedo yo ayudarle, algo es algo, puea hacer que los demás compañeros le ayuen con más”

—terminó diciéndole otro colega, pasándole un arrugado billete de \$ 5.— que el mendigante lo recibió con una fingida indiferencia, pero con una velocidad endemoniada se lo echó al bolsillo, y ocupando para ello el... brazo vendado. El que esto pedía, mendigaba solidaridad, compañerismo, y ayuda en efectivas monedas y billetes, no era otro que el habilísimo ¡“Alas para Chile”!

Sucedía que después que hacía la carga, con el producto de la explotación de los crédulos y solidarios compañeros que no lo conocían a Timoteo, como que era de otro Depósito, y laboraba en otras distintas líneas que los otros nunca la trabajaban, por eso ignoraban que lo que les contaba este maquinista bigotudo, no era efectivo. El tan sabroso y recio “choque”; era fábula, lo contaba para que lo ayudaran en tan “apremiante situación”, y tan real y verídica hacía la figura del choque con despido y todo, que los mismos engañados por él decían:

—“Pobre Alas para Chile”, hasta que lo echaron no pararon. Tan güen gallo que era, yo le dí \$ 20; ¡pobre bigote!” Otro que también lo había ayudado en su “desgracia” decía:

—“¡Chi! abusaron con este pobre. Lo chocaron, se quebró un brazo, y pá más cacho le cortan la piola, ¡será fatal!, yo le dí \$ 10. ¡Pobre bigote “Alas para Chile”. Y el “pobre bigote” estaba en esos mismos instantes en su casa sacándose la ropa vieja, el “disfraz de circunstancia”, el traje de “despedido fatal”, y alistándose para ponerse la ropa nueva, el uniforme real de trabajo, e ir a tomar su servicio a la Estación Central en su línea 4, San Pablo, después de hacer la recogida en esa voluntariosa jira que les solicitaba a sus ex compañeros”, mostrándoles su “brazo quebrado”, para luego socorrerlos a sus ex colegas tranviarios, generosa ayuda para mitigar este bribonazo de Timoteo Villalobos, Maquinista 866, en ejercicio, hacia esa jira quincenalmente y se pegaba la repetida en Depósitos distintos, solicitando a sus colegas que lo ayudaran, ahora que lo

habían “echado” y se había “quebrado” gran parte de “su brazo”. Claro que quincenalmente hacía esta gracia en la puerta de los otros 3 Depósitos a los cuales él no pertenecía. La gente y personal de esas secciones de la Empresa caían todos en el garlito. Todos eran explotados por este grandísimo truhán de bigotes con cara de hombre serio, grave y honrado. Todos caían en la trampa gustosamente, alejándose luego satisfecho creyendo haber hecho una buena obra de caridad, dándole algo a ese “ex compañero” ahora en “desgracia”. Muchos se repetían pero sólo para sí, esto:

—“Nadie está libre que le pase a uno lo mismo que al pobre “Alas para Chile”. ¡Pobre camará! ¡Pobre bigote!” Y al “pobre” que tanto le lamentaban su mala estrella, no había pensado en tener ni tal recio choque, ni se le había quebrado ese voluminoso y bien vendado brazo que exhibía con orgullo Timoteo, como exhiben sus medallas militares y bomberos, y con la vanidad que destellan y lucen cruces honoríficas los nobles albos pechos de cómodas y coquetonas damas de la Cruz Roja. Todos los días de pago matemáticamente se hacía Timoteo, Maquinista 866, una buena caja en dinero efectivo, producto práctico trocado de los buenos e inocentes e incautos corazones de sus compañeros que tenían un alto espíritu humano y gremial, tan descaradamente engañado y burlados esos nobles sentimientos solidarios, que le redundaban a él en concretos y palpables aunque arrugadísimos y sucios billetes, obsequiados lealmente y de buena fe, que los dadivosos ignoraban completamente los puntos que calzaba el aguzado magín del que tenían por delante: el famoso “Alas para Chile”, muy conocido de ellos el tan famoso sobrenombre. Pero ¡ah!, tan desconocida sus tretas píllastres y pícaras ideas, que en él eran latente siempre, ¡siempre! Explotó indefinidamente la inacabable veta de esa mina que es la eterna credulidad humana. Este sagaz hubiera seguido su sistema dando prueba y ejemplo que la caridad no es sólo una palabra, porque en cada pago los tranviarios la hacían efectiva, en la persona de Timoteo Villalobos con placa de Maquinista 866, y de llapa con el apodo de “Alas para Chile”, y habría seguido este audaz la especulación y esquilmación, si no fuera por lo que le sucedió en un mal día para Timoteo, que se le vino abajo para siempre su buena estrella de astuto, ladino y perspicaz.

Una tarde de un día de pago, subió a un carro de la línea 2, donde precisamente trabajaba este Maquinista 866, un flamante generoso dador que se había apiadado de su bien relatada desgracia.

y horas antes no más le había tratado de mitigar en parte su "fatalidad" de su eterno despido, obsequiándole \$ 15; pero para mal de todos sus pecados que eran infinitos los de Timoteo, ese cooperador que generosamente había aportado su concurso a combatir su desgraciada situación crítica, era nada menos que otro colega suyo de manivelas y palancas: otro maquinista. Este compañero, al verlo manejando tan campante con sus brazos enteramente libres de vendas, con uniforme enteramente nuevo, que no se le igualaba en nada al que tenía puesto recién en la mañana no más. Mirándolo de reojo se decía para sí:

—“¡Bah! ¡y está trabajando! ¡y cómo en la mañana estaba pidiendo en la puerta de Victoria? ¿Será otro?” —no pudo contener más la ansiedad, y allegándose más y más a él en la plataforma delantera junto a su puesto de conductor, le dijo estas palabras a boca de jarro:

—“¿Oiga colega, usted no es el que esta mañana en la puerta del Depósito Victoria este... este... pedía que le ayudaran, porque había tenido un choque y lo habían despedido? ¿ah?

—“¿Yo? ¡no! debió ser mi pobre hermano Sofanor, él debe ser. Es que es re pareció a mí, a él le dicen por sobrenombre “Alas para Chile”. ¿Y sabe cómo me dicen a mí?, me dicen: ¡Bigotes e cacho e cabra! ¿Serán jodíos estos gallos?

—“¡Claro!, ¡claro!, así le dicen, debe ser por los bigotes tal vez ¿cierto?” —exclamó el ya embaucado engañado maquinista, que pretendía hacer una “pillada”, y que ya lo estaba envolviendo con sus embustes y triquiñuelas Timoteo para no ser descubierto.

—“Sí, los dos somos re pareció por la bigotá, ¿sabe?, desde jóvenes los dos hemos sido re sufrío pa usar bigotes. El otro día un chiquillo me echó una talla rebuena, ¿sabe lo que me dijo? ¡Oyó, ooh! ¡vó que te comiste un zorro y no te tragaste la cola! —me lo icia por éstos—”, y tomándose con una mano los mostachos se los enroscaba cada vez y más para arriba como mostrándoselos. Luego dijo con una cara desprovista de toda vergüenza:

—“Mi hermano Sofanor, “Alas para Chile” como le icen, tiene re mala pata y mala cabeza el pobre. Oiga, hace poco tuvo un choque, se quebró un brazo y pa más recacha le cortaron el violín. ¿Serán? Siempre lo confunden conmigo. No ve que nacimos el mismo día, somos... somos... ¿cómo se llama?” Timoteo, un gran psicólogo en potencia, apeló a una de sus innumerables tretas, y para sacárselo de encima este molesto investigador casero, que había

llegado con pretensiones detectivescas, y para halagarlo en su desbordante vanidad, hizo como que no sabía o no se acordaba nombrar la palabra: mellizos, para darle a él ese gusto intelectual.

—“¡Mellizos! ¡Mellizos!” —exclamó como el estampido de un cohete el maquinista preguntón, satisfecho de poder decir a tiempo, y saber la exacta palabra que “ignoraba” su colega de motor. Y el compañero “hermano mellizo” de Sofanor: “Alas para Chile”, había hecho adrede esta mascarada de quedar paralogizado ante una “palabra desconocida”, para sí darle patente de sabihondo a su muy preguntón colega, que parecía que la estaba “conejeando” mucho. La estaba “parando”, y pronto lo iría a descubrir que realmente, era él quien esta mañana estaba estirando la mano en espera de monetaria ayuda en la puerta del Depósito aquel.

—“¡Eso es! ¡eso es! ¡mellizo! y como nos parecimos tanto, a mi toos me confunden con mi pobre hermano Sofanor, porque los dos usamos el mismo corte de bigote, por eso y toos creen que soy él, y a él lo creen que soy yo”.

—“De veras que son re iguales ustedes dos”.

—“¡No le igo pué! es como ver una gota de agua a otra gota. A mi pobre hermano lo chocaron, creo que le quebraron una mano”.

—“¡Nó, too el brazo ñor!”

—“¡No ve!, ¡fíjese usted po camará! y con toa esa desgracia ahora le cortaron la pega. ¡Puea ser que la Santa me favorezca y no me pase na igual a mi!” —diciendo esto último, pegó tres leves golpes con los nudillos de sus dedos de su mano derecha en madera abandonando ésta fugazmente la palanca de frenos, para hacer tan curiosa demostración de superstición para ahuyentar la mala suerte futura.

El Maquinista que casi lo había pillado en su habiloso doble juego, fué luego pasta blanda para creerse todo lo que le contó Timoteo. Luego llegó a su destino bajándose del carro del “hermano” de “Alas para Chile”, convencido se bajó de haber hablado con el hermano mellizo del Maquinista del choque fatal, a quien él había ayudado con una parte disponible de su paga sólo horas antes en la mañana, y poco faltó para que le pidiera disculpa por el atrevimiento de haberlo confundido con su otro hermano tan parecido a él, “Alas para Chile”. Mientras hacía el manejo de su carro el auténtico y nunca bien ponderado “Alas para Chile”, éste borbón se decía para su capote:

—“¡En qué está que no me pillan! ¡Se le fué al tonto “jettanuta” fijarse y lorearme el número e la placa!”

¡Claro, que tanto dale que dale, hasta que fué pillado!, terminándosele la vetita tan productiva, y el cuento del accidentado choque con brazo quebrado y todo. Abandonó esa segura y sucu- lenta entrada que tenía quincenalmente todos los días de pago muy a pesar suyo, para descanso de los siempre burlados bolsillos del personal ajeno al Depósito de donde era Maquinista Timoteo Vi- llalobos, conocido con el inconfundible apodo de “Alas para Chi- le” por sus fenomenales bigotes, dignos de un obeso Jefe de Tribu de Gitanos, y el cual él era, el único ejemplar. ¡No había otro igual a él en toda la Empresa de Tracción de Santiago, ni menos era hermano mellizo con nadie!

TENIA SU CHACRA... RODANTE

En la esquina de un paradero próximo a la Vega Municipal de Santiago, frente al antiguo Puente llamado de Los Carros, serían como las 11 de la mañana de un día de Primavera, un grupo nume-roso de señoras de más o menos situación acomodada, y otras que a simple vista no había duda alguna que eran empleadas do- mésticas de casa grande. Estas últimas, tapadas con vestidos de chillones colores y a veces de juveniles hechuras, iban tapando cuerpos de maduras mujeres adiposas, llenas de plateados cabellos, y rostros resquebrados por el constante burdo maquillaje a que apelan, sólo cuando van a “salir de compras”, con productos de Boticas de Barrio, que ensalzan las bondades de esos “maravillosos productos” de belleza en lustrosos y multicolores afiches de pro- paganda. Las servidumbres se creen que esos potes y tubos, poseen bondades sobrenaturales, que basta colocárselo sólo media hora antes de salir nada más, para que polvos, cremas y rouge, hagan milagros en sus epidermis y cutis, continuamente expuestas a vahos de ollas, cacerolas, olores a cebollas, grasa y manteca.

Muchas de estas interminables ejemplares de “chinillas”, al- gunas con buen “estuche” revestidas, esperaban en ese paradero el tranvía apropiado a sus casas. Todas ellas estaban con grandes bolsas de cuero de artística confección, tejidas de yute, unas de sacos de arpilleras, y bordadas con unas hebras de lanas de colores.

semejando canastillos de flores para tapar con filigranas y dibujos el aspecto de hosco y frío saco que tenía el coquetón bolso. Todas venían de hacer compras en la Vega, a juzgar por lo apretado y abultado que venían estos artefactos caseros, en unos se veían asomados los dorados y dientudos choclos, que hacían contacto con los brillosos y esféricos tomates; en otra distinta bolsa, las hojas de una atrevida lechuga asomaba su amarillenta hoja que prometía tener un cogollo en su interior, amarillito limón. Todo este enjambre de damas con sus capachos llenos de ingredientes de futuras comidas, sabrosos menús, y apetitosos postres naturales, ansiosas esperaban con impaciente tedio, deseaban sus ojos divisar a lo lejos el número del recorrido del carro para donde se dirigían, y que debían de tomar de vueltas a sus casas desde La Vega Municipal, de pronto una exclamó:

—“¡Ahí viene el 30!, ¡qué bueno!”

—“Si pues, ya estaba bueno que pasara ya” —dijo otra del grupo.

—“¡Miren!, y viene ahí el Maquinista bueno”, —dijo otra voz esperanzada del gran tumulto de mujeres que se aprontaban a saltar al abordaje del carro sin reparar en medios, dejando como letra muerta lo concerniente a la consideración y respeto al prójimo en lo que se refiere al físico del cuerpo. Claro que al ir acercándose hacia ellas más y más el carro, todas atropellaban a un mismo sincronizado tiempo, y ahí predominaba y tenía éxito la que tenía más condiciones de jugador de rugby. Todas querían subir al carro primero, y entonces por eso todas atropellaban también primero, en una feliz imitación de un match callejero de rugby.

—El maquinista bigotudo de este carro que es amable, niña. ¡Es un amor!, fíjate que nunca se enoja ni pone mala cara porque suben con bultos o sacos grandes. Y el mismito ayuda a las señoras viejitas o jóvenes y se los recibe por la puerta delantera. ¡Es muy amable! Es fea su cara con sus bigotazos, ¡pero es muy simpático y de mucha voluntad! —explicaba una niña a otra.

—¿Sí?, ¡qué raro! Porque hay unos tan mal genios, tan antipáticos y mala voluntad para todo, que parecen ogros con uniforme —dijo una señorita con pretensión de ser una “pituquita”, que parecía desorientada al oír este raro elogio y comentario favorable al también raro ejemplar de agradable maquinista. Y desconfiadamente trató de mirarle la cara, para conocer de cerca a este hombre especial para su humilde cargo de maquinista. cuando

siempre algunos son tan hoscos, o eternamente malhumorados, y otros hartos groseros de lenguaje, (según el concepto de ella).

Aún no paraba totalmente el carro en el paradero, cuando rompió el silencio la voz del que se le alababa tan desinteresadamente, de quien se comentaba y se le elogiaba tan espontáneamente por desconocidas damas en ese apretujado corrillo femenino callejero. La voz varonil del conductor decía con timbre de mando:

—¡Pasen pa'cá no más señoritas los sacos por adelante, yo se los subo por aquí y ustedes vayan a pagar y suban por atrás.

Todas, de una en una, fueron pasándole los sacos, bolsas y bolsos de bien proporcionado peso de productos de chacarería, y asombradas de la espontánea buena voluntad de este bigotudo y feo maquinista, que con su acción noble y amable desaparecía su fealdad, y se hacía sin querer simpático al grupo de mujeres. Como el carro comúnmente siempre va lleno de pasajeros, el pasillo interior y la aglomeración misma del público era la natural causa que las dueñas de esas bolsas o bolsos no llegarían nunca rápidamente a la plataforma delantera, donde iba el maquinista de exquisita y extravagante buena voluntad junto a sus voluminosos bultos, llenos de productos de la Vega. Y en esos precisos momentos cruciales, en que tardaban y se demoraban en llegar sus dueñas junto a sus respectivos sacos, bolsas y bolsos, llenos de frutas y hortalizas alimenticias, próximas a llegar a ollas y cacerolas, eran preciosos instantes y los aprovechaba muy bien este dinámico y magnánimo maquinista "de buena voluntad".

Este tipo no era otro que el famosísimo maquinista 866, "Alas para Chile". Este, a todo saco o bolso encargado momentáneamente a su custodia, de uno en uno le sustraía algo en forma muy discreta, allá una gruesa lechuga milanese, a otro bolso le hurtaba un robusto y grueso choclo que parecía calabaza, al otro pesado saco lo aliviaba de 6 u 8 grandes papas cazuela, de otro coquetón bolsón de cuero se apoderaba de media docena justa de ciruelas "Reinas Claudias", de otro de rejilla de yute, descaradamente se robaba 6 redonditos y rollizos tomates rojos como sangre, y a otro bolso le sacaba con todo desparpajo tres o cuatro duraznos blanquillos, zaragozos y priscos. Todas estas especies comestibles eran hurtadas en forma velocísima y con una discreción que el caso requería. Mientras Timoteo se dedicaba a su función específica de conducir y manejar su tranvía, las iba dejando caer al fondo de su propio e inmenso bolsón de firme cuero que llevaba él siempre, ex profeso.

para acumular allí en ese descarado artefacto las legumbres y frutas que cínicamente él mismo se "obsequiaba", sacándole, a manera de multa, a cada bulto que le subían por delante a su plataforma. Tan desvergonzado bolsón lo llevaba Timoteo libre de la vista del público, detrás del motor, para evitar las miradas intrusas de los pasajeros que algunos poseían ojos de Rayos X.

Lo más notable era, que las dueñas de esos bultos y sacos, al descender del carro, le daban a Timoteo efusivamente las gracias por su extraña "buena voluntad", acompañando estos agradecimientos con el espontáneo obsequio gentil de una o dos unidades de lo que traían en sus bolsones o sacos, ya se tratara de naranjas, duraznos, lechuga o algún pequeño melón tuna. Obsequios que el desvergonzado "Alas para Chile" recibía con un desplante verdaderamente extraordinario de ausencia total del sentido de la vergüenza. O sea, le regalaban presentes sus mismas víctimas, en circunstancias que él mismo se había anticipado a gratificarse espontáneamente "su buena voluntad", por la faena de cargar esos "bultitos y bolsitas".

Con este "sistemita", cotidianamente todos los días el bigotudo Timoteo, al relevar su servicio a la una de la tarde, se le veía bajar a este singular maquinista con un inmenso bolsón, que le servía expresamente de cómplice en su recogida de productos de chacarería desde las confiadas bolsas de sus amables pasajeras. Lleno de tantas cosas iba este bolsonazo, que "Alas para Chile" a duras penas se lo echaba en uno de sus hombros, cual si fuera un moderno pirata, con su cofre también moderno atascado de objetos usurpados en forma no santa, ni correcta ni honrada, ni siquiera había sido en algún temerario, fiero o audaz combate. Sólo le bastaba a Timoteo "alivianar" todos los días de su peso original a las confiadas bolsas y bolsos de tan inocentes y confiadísimas dueñas. Todos los días cuando trabajaba este "Alas para Chile" en las líneas que pasaban frente a la puerta de la Vega Municipal o el Mercado Central de Santiago se repetían estas escenas. Y él acarreaba en su larguísimo y contundente bolso, que parecía no tener límite su fondo, por su inagotable poder de espacio interior, en que Timoteo él solo se autogratificaba con mucha largueza, con los frescos productos de chacras: legumbres y apetitosas frutas, todo lo cual, con mucho espíritu comercial él lo convertía en seguro dinero. Todo lo trocaba en monedas: los sabrosos plátanos, duraznos, larguísimos pepinos, lechugas, cho-

culos y hasta pequeñas sandías. No había nada que faltara de lo que se expendía en Vegas y Mercados en ese bolsón mágico, dirigido con mágica habilidad por el sin par prestidigitador casero Timoteo Villalobos, "Alas para Chile".

Según las lenguas viperinas de vecinos donde éste vivía, en el movedizo y popular barrio "El Blanqueado", ahí tenía establecido un pequeño chinchelito. Comentaban, no sin razón, que el dueño, el maquinista bigotudo, debía traer la verdura y la fruta de algún sitio propio o de alguna chacra de algún pariente o de algún amigo, porque todo lo que traía era de primera calidad, fresco, y traía de todo, y todo lo vendía... ¡tan barato! Los infaltables almaceneros y "despacheros" chinos, y de la bella Italia, que tenían acaparados para sus negocios todas las esquinas con sus almacenes, tiendas, paqueterías y carnicerías, no podían competir con el chinchelito del maquinista bigotudo en el giro y ramo de "Verdulería y Frutería". Porque éste, según la gente de todo el barrio, vendía la verdura y la fruta tan barata, como a precio de Vega, como si fuera una sucursal de ella o del Mercado Central. Habían veces, a menos que el precio en ellos.

Algunas viejitas arrugaditas, chiquititas y desdentadas, balbuceaban desde sus bocas casi sólo con sus puras encías estos comentarios:

—¡No hay quién pegue con el chinchelito de "on Timoteo"! Yo creo que debe tener algún huertecito por hey, o una parcelita, y como no es ná e' "pulpo", toas las cositas las vende tan barata! ¡y tan... güen mercao que da en tool! ¡manda juerza on Timoteo, por la maire!

UN ANTICIPADO ACTO DE TELEVISION EN CHILE. — EL ORIGINAL ANGEL PINO DE DIAZ GARCES. — VAYA A INTERROGAR AL MUERTO...

—Oiga maquinista 866, usted va a ir a trabajar desde mañana al carro de "La Granja", ¿no? —le dijo y le dió esta orden una tarde a Timoteo un robusto y obeso Jefe, que por lo mandarán debía haber llevado no dos galones, sino por lo menos media docena, y quizás si lo hubieran permitido llevar y lucir en los pan-

talones más galones verticales pegados a las costuras de la pestaña, igual que las palas lacres de los Coroneles y Generales de nuestro Ejército, los habría lucido.

—¿Por qué mi Jefe?, yo no he trabajado nunca allá —respondió Timoteo con humildad fingida.

—¡Miren quién dice que no va!, porque no ha trabajado nunca allá, y le saca el cuerpo a la jeringa el "Alas para Chile". Si lo oyera de otro maquinista lo creería, ¡pero usted maquinista 866, cuando usted es taita para no decir nunca no, no le afloja nunca, ¡mire, y ahora!

—Es que yo no conozco pa'allá Cisterna, ni menos pa'esa La Granja po, mi Jefe, me pueo allá perder.

—¡Miren que se va a perder el niño!, ¿sobre qué le dicen "Alas para Chile" entonces? Si se pierde, se viene volando en sus bigotes y aterriza aquí en Alameda con Matucana. Vaya no más 866, es sólo por tres días no más el reemplazo; el maquinista con turno ahí se accidentó un pie, y el doctor le dió 3 días de reposo, y si lo mando, es porque no hay otro más despierto y vivo que usted que esté disponible. Y tome en cuenta que aquí se va adonde se le manda, y si no... ¡bay, bay! —le dijo en forma mitad severa y mitad en son que parecía broma, pero no era tal.

—Güeno Jefe, tendré que ir, sino qué remedio tengo, ¿y cómo se maneja allá ese carro?

—Usted sabe o habrá oído que ese carrito de sangre, es el último y único que tiene la Empresa tirado por caballos.

—Sí, sí Jefe, yo ya había oído de ese carrito que corría por Cisterna, muchas veces.

—Sí, mejor, corre allá en el Paradero 25 de la Gran Avenida, de ahí parte hacia el Oriente en la Comuna de La Granja. Ahí un Inspector le dará todos los detalles sobre lo que tiene que hacer nada más —le dijo severamente el gran Jefe.

Partió para ese sitio Timoteo Villalobos, tuvo que ir forzadamente donde lo mandaban, caso contrario había dejado de ser tranviario. Ese curioso carrito, que por rareza explicable aún subsistía al ciclón del progreso, era propulsado no por fuerza mecánica, eléctrica o hidráulica. Era movido por una recia pareja de concienzudos y regulares Equus caballus, caballos, que estaban bajo la responsabilidad de la Empresa de Tracción de Santiago. Y corrió este curioso vehículo por su angostita y diminuta línea de trocha como juguete, su último viaje el año 1942. Corría por

fuerza de un convenio que tenía la antigua Empresa Alemana de los Tranvías Ferrocarril de Santiago a San Bernardo, que se le obligaba a tener combinación hacia la pequeña comuna de "La Granja", desde el camino Real o Gran Avenida.

Desde el paradero 25 se internaba como 5 kilómetros hacia el Oriente; el maquinista que manejaba este último y sobreviviente carro de sangre a tracción animal de la provincia de Santiago, desempeñaba específicamente un seremil de puestos en su diaria labor. Era maquinista, cobrador, inspector, cochero, auriga y pe-sebrero. Todas estas actividades las hacía todos los días este es-caso hombre excepcional, extraordinario y curioso, igual que su dicho carrito, que parecía que él era el propietario de este raro ve-hículo de forma como vagón de ferrocarril, pero de la tercera parte del largo de éste. Y notable era la curiosa forma de sus asientos. Era una larga especie de banca larga a sus dos lados laterales del carro. Así, todos sentados los transportados pasajeros, se miraban unos a otros todo el trayecto del viaje, el cual no era éste el proto-tipo de un modelo cómodo, suave, y amortiguante su desplazamiento por la diminuta vía casi "Decauville", en que corrían y se des-lizaban las pequeñas ruedas echadas a rodar por el impulso de las ocho nobles patas del par de caballos, que trotaban y tiraban ese antiestético carromato, que parecía arrancado de una visión panorámica de un día cualquiera del siglo XIX, o de los albores de este siglo de la ciencia inverosímil, y también hecha realidad a veces con creces exageradas.

Y así por el pequeño espacio de entre las diminutas líneas, las herraduras de los nobles animales chocaban en los rieles, ha-ciendo contacto con éstos en un simbólico beso del animal con el frío acero, de lo que tenía que arrastrar para ganarse estos su-fridos brutos su segura comida, su buena porción de pasto y sus innumerables baldes de agua. Así estos nobles y trabajadores ca-ballos, también tenían ellos cabida en los libros de la rigurosa contabilidad de la Empresa. Figurando en sus serias hojas por con-cepto de sus contundentes colizas de pasto, que por sus grandes hocicos desaparecían, y sus infinidades kilos de cebada que tra-gaba ese par de insaciables guargüeros equinos. Pero así como gastaban en ellos y había documentación por escrito en sus se-veros libros del gasto de la alimentación, era como corría esta pareja de bestias irracionales, y devolvían este favor con su sa-crificado trabajo diario, de cooperar a que se cumpliera el con-

venio de la Empresa con una comuna donde no había cable aéreo eléctrico tendido, ni línea para tranvía. Y que sin embargo, esta misma Empresa, que explotaba las líneas a San Bernardo, La Cisterna, Lo Ovalle y San Miguel, debía servir al público y vecindario de esa otra pequeña comuna vecina, bajo concesión especial.

Entonces no hubo otra alternativa que adoptar el retroceso, de colocar ahí un carrito de a caballo, con eso bastaba, ya que no eran muy numerosos los pasajeros que habían de servir. Y se apeló a dos viejos pero tiradores caballos, y estos dos animales sacaban la cara diariamente por la Empresa. Acarreando en continuos viajes durante el día a los vecinos con olor a yerba buena, perfume de tierra regada de esos contornos campesinos. Luego al oscurecer el día, se retiraban sudorosos y agotados a sus toscas pesebreras que les cobijaba. Se les daba alimento para estar pronto otra vez en buenas condiciones al amanecer próximo, a servir y a tirar el carrito para evitar que los vecinos quedaran aislados con La Cisterna, y cumplir ellos con la Compañía, que les daba generosamente sendas colizas de pasto y baldes llenos de cebada, para que cumplieran bien con el vecindario y autoridades.

Decían que López, el raro exponente de maquinista de firme de este curioso carrito, conocía tanto a los caballos, y los caballares tanto a éste, que las veces que vino alguien a reemplazarlo por diversas circunstancias, les costaba trabajo, sudor, sangre, y casi lágrimas de rabia, como dijo una vez W. Churchill, y más de alguno de los maquinistas reemplazantes hubo, que agotaron el repertorio de insultos que disponían, preñados de improperios e inmensas groserías dichas en alta voz, para que los caballos las oyeran, cuando éstos persistían en no querer moverse, y con su terquedad tampoco movían el carro. Quizás si estos brutos desconocían al que reemplazaba a su real y continuo amo, y se negaban continuamente a partir de los paraderos. Otras veces en medio del trayecto se empacaban, negándose a seguir su marcha, sólo por qué sí no más. Hubo veces que su reemplazante y extraño auriga tuvo que venirse a pie a La Cisterna a pedir apoyo y auxilio. Porque estos saboteadores caballos... no querían prestar sus servicios ahora arrastrando el carrito! En otras ocasiones, los caballos no partían ni se ponían en movimiento, sino se bajaba del carro el auriga "intruso" de ese día. Y obediente él en ésto, llegaba a pie el pobre reemplazante al terminal del recorrido, trotando casi junto a la pareja de testarudos y caprichosos caballos. Y así, con la

fusta en la mano, exhausto junto a ellos, hacía todo el recorrido a pie con tanta lengua afuera de cansancio, casi igual como la que dejaban ver a veces sus dos subalternos caballunos. Estos parecían tener un sentido casi humano, muy especial, que asombraba. Cuando su maquinista-cochero habitual se desempeñaba en su puesto, este par de ladinos y bribones caballos marchaban en su trabajo de arrastre cronométricamente, como un reloj de muchos rubíes, a las mil maravillas. El maquinista López, auriga, ni siquiera tomaba ni les tiraba las riendas, ni se molestaba siquiera en alentarlos con el clásico sonido tradicional que hacen con la boca los cocheros: ¡chic!, ¡chic!, ¡chic!, para que iniciaran su recorrido.

A veces él iba en el interior del carrito cobrándole a los pasajeros sobre la marcha, y la pareja de sabios caballos en su faena de arrastrar el curioso vehículo. Tenían tal conocimiento del recorrido del terreno donde estaban afianzados los diminutos rieles, que conocían, y sabían dónde había una curva o recoveco, y puntos de peligro para la pasada del carro, cruzando lentamente por estos baches del recorrido, y espontáneamente sin que nadie les dirigiera a ellos, pasaban con sumo cuidado y despacio para evitar posibles "descarrilamientos". Y solitos paraban, deteniendo el carro en los puntos donde era paradero, o veían alguna persona que hacía seña para subir a él como pasajero. Pero cuando el continuo conductor, el "maquinista-cochero" López, faltaba a su puesto por enfermo, o por su día franco, o por cualquiera circunstancia no concurría a su trabajo, a los caballos también les faltaba la disciplina, desobedeciendo tercamente, caballunamente al intruso que confiado mandaban a reemplazar a su fiel amo. Con este parcito de caballos de tan singulares costumbres y tan variable disciplina tenía que vérselas el tan singular Timoteo Villalobos, maquinista 866, reemplazante del maquinista López, conductor oficial del carrito de "La Granja".

Lo primero que hizo Timoteo al llegar al corazón de la vecina y polvorienta comuna de La Cisterna, la parienta pobre de la capital, separada del centro de Santiago sólo por escasos 15 kilómetros, fué echar un vistazo a todo alrededor del punto céntrico y estratégico de ella, que vale decir es el Paradero N° 25 del camino. En que corrian por la amplia avenida en ambas direcciones, al Sur y al Norte, respectivamente, los enormes carros eléctricos, que se hacían llamar antiguamente con mucha pompa: "Ferrocarril Eléctrico Santiago a San Bernardo".

Siempre procurando sacar partido del nuevo cometido que le habían encomendado, lo primero que tuvo que hacer fué presentarse al Jefe máximo de esa división de la Empresa, que le llamaban "División de los Guasos". Ahí, al frente de ella, estaba un Jefe muy exigente, Pantaleón Jaña, con evidente espíritu de caporal de fondo. Sería tal vez por el medio ambiente que se veía rodeado a cada instante. Su vista sólo observaba paisajes campesinos. Sus pestañas continuamente se veían blancas de polvo del tierral inmenso e inevitable, que era allí cosa natural de todos los días y a cada instante, por la naturaleza de sus vírgenes caminos polvorientos, que como collares circundan por doquier a la Gran Avenida en la comuna.

El macizo funcionario Jefe de esta filial Empresa de Santiago, se podría muy bien decir, tenía arrestos de Sancho, el paciente acompañante del descarnado don Quijote. En este Jefe se conjugaba la ignorancia y la vanidad. No se sabía a ciencia cierta si tenía esa cara por ser Inspector Jefe, o llegó a ese alto puesto precisamente por tener esa cara. Era un presumido de su grado. Para él no había nada más valioso en la tierra que sus dorados galones de su gorra. Esto para él justificaba el engreimiento que a cada instante daba exhibición. Su fatuidéz no tenía límites. Su inmenso cuerpo encapsulado en su vanidoso uniforme, sólo le servía para hacer sombra como un inmenso biombo a su natural ignorancia y taparla de su vulgar exhibición. Se creía un Emperador de la Empresa de la "colonia" de La Cisterna. Este especimen inflado de Jefe era de porte regular, gordo, adiposo, y por esto es que pronto se ganó el otro nombre de "guatón". Con un orgullo que no le cabía en el pellejo, y su vanidad ya no le daba más en el uniforme. Y así como le escaseaba la materia encefálica en la caja del cráneo, lo tenía todo de sobra en ridículas maneras y afán intenso de exhibicionismo. Su cuerpo adiposo, moquetudo, arrogante, era la antítesis del hombre educado, de criterio y de fundado carácter del don de gente.

Así era el cuadro físico del Jefe Jaña. Era tan poco cuerdo, ingenuo y tan simple, que se contaban hechos que parecían anécdotas inventadas, tal como suelen inventárselas a veces a los genios. Pero en este caso, él no era un genio, y era realmente verídicas y no imaginables.

Se contaba esta anécdota de este Jefe Jaña: Que en cierta ocasión en un tramo de la línea hacia San Bernardo, en un punto de

una curva, se desoldó un buen trecho de línea, resultando la vía en ese punto cortada, y quedando en banda en uno de sus rieles un pequeño pedazo, pasando sus ruedas los tranvías rodando un pequeño trecho y pedazo sobre el suelo desnivelado fuera de la línea. Este susodicho señor Jaña, como Jefe del Sector del hecho, al dar cuenta telefónicamente al Departamento de Reparaciones y Obras del desperfecto grave de la vía férrea, lo hizo de este original modo:

—¡Aló! ¡Aló!, ¿con Vía Férrea? Mire, usted habla con el Jefe Jaña de la División de San Bernardo, aquí en el Paradero 42; en una curva se le soltó un pedazo de línea al riel que estaba soldado.

Del otro lado del teléfono de la Sección Reparaciones, le preguntaron datos para tomar ellos las medidas de la longitud del riel por reparar, y disponer medidas para mandar rápidamente el carro del material con artefactos ex profeso del trabajo a realizar, y a los encargados de solucionar y arreglar el desperfecto anunciado. Cuando de allá donde había llamado le hubieron contestado, siguió el siguiente diálogo por los alambres telefónicos, como sigue:

—¡Ah!, ya, sí, por favor dígame, ¿cuánto mide el pedazo que se soltó?

—Sí, claro, se despegó de la línea. ¿Qué?, ¿cuánto medirá?

—Sí, más o menos no más, para llevar un pedazo en el carro del material.

—Sí, ¿el pedazo que falta de línea?, a ver, a ver, ¿cuánto medirá? ¡Ah, ya!, es más o menos así —y al decir estas últimas palabras, este Jefe Jaña soltó de un golpe el auricular, para indicar con ambas manos en forma visible y concreta, la longitud real y medida aproximada del pedazo de línea en cuestión, separándose las manos una de otra una distancia que fluctuaba más o menos 30 centímetros, espacio que era también verídico casi exacto del pedazo que se tenía que reponer y arreglar.

Este cándido Jefe mostraba al inanimado aparato telefónico la figura que estaba haciendo con sus dos manos, como si en ese negrísimo aparato de comunicación hubiera habido un ser imaginario e invisible que pudiera ver a través de los hilos de Graham Bell, la imaginaria longitud que estaba haciendo con sus dos manos del pedazo de línea que faltaba. Este poco hábil Jefe lo hacía y mostraba con tanto ahinco, como si tuviera intenciones que sus manos fueran televisadas tal vez allá al Departamento de Vía Fé-

rra por medio del quietísimo teléfono. Quizás si en ese momento el Jefe Jaña, sin darse cuenta del ridículo que estaba haciendo, se anticipó o fué un pionero por casualidad de la discutida y maravillosa Televisión.

Este Jefe cándido fué un precursor, un soñador sin querer, y tal vez el primero en Chile que se adelantó a tan ingenioso invento moderno, la T. V., y que en La Cisterna simbólicamente dió su primer paso en Chile, al querer enviar por hilos telefónicos la figura concreta de la medida de un pedazo de riel por componer. Sólo él y sus dos benditas manos trataron de hacer posible esta infantil, atrevida e imposible intención...

En otra ocasión dió otra vez muestras de su candidez, de hombre sin rápida coordinación de lo que hacía o mandaba. Un desgraciado día, un carro San Bernardo atropelló a un hombre desconocido, que bebido cruzó la línea, sin percatarse en nada del peligro en forma de fierros rodantes que se le venía encima. Fué atropellado por este elefante con ruedas, matando al pobre hombre beodo y descuidado. Sirvió este hecho doloroso para que se juntara mucha gente y se encontraran ahí en el sitio asesino, comadres que no se veían largos meses, y que debido a la novedad del accidente se volvían a encontrar, y junto a la muerte del pobre cristiano adorador de la vid; también se iniciaba ahí, ipso facto, la idea inmediata, colectiva, de la futura construcción de la infaltable capillita tosca y de mal gusto para "el finaito", colocada justamente en el mismo lugar que se le acabó la vida al despreocupado transeúnte, al lado del camino.

Cuando sucedió el hecho, se le comunicó inmediatamente al Jefe de la División, señor Jaña, quien acudió con su ayudante Mandujano, un sufrido cumplidor y paciente Inspector de sólo un escuálido y descolorido galón en su descolorida gorra, siempre llena de polvo, por el tierral constante de La Cisterna. Este pobre desconocido Inspector e ignorado funcionario múltiple de la Empresa, debió ser un similar, paralelo e idéntico, a ese Inspector de Tranvías del antiguo tramo de Ñuñoa, de cuyo nombre completo: Angel Pino, se valió para usarlo como pseudónimo un escritor chileno de prolífica pluma, de gran ingenio, festividad y múltiple inteligencia de escritor, narrador, prematuramente desaparecido en 1921, me refiero a don Joaquín Díaz Garcés.

Ese legendario Angel Pino, era un hombre múltiple en su modesto puesto de Inspector. Hacía todas las faenas: Se descarrilaba el tranvía, cosa muy común en esos años (1915) por mala condición de la vía férrea, ¡Angel Pino lo encarrilaba! ¡Se cortaba el cable aéreo de la corriente, Angel Pino ayudaba a arreglarlo! ¡Se caía un poste a la línea férrea, Angel Pino lo hacía a un lado! ¡Se enfermaba el cobrador o el maquinista, Angel Pino lo reemplazaba! cobrando pasajes o poniéndole número al motor, apretando y soltando palanca, manejando el carro con toda indiferencia a su específico puesto de Inspector. Hacía todo los oficios y menesteres espontáneamente. Y fué eso que reparó el observativo gran periodista Díaz Garcés en sus viajes a Ñuñoa, contemplar a este silencioso y sacrificado funcionario modestísimo, que sin aspaviento lo hacía todo. Era un héroe ignorado de su trabajo y del deber. Sin que nadie se lo mandara o exigiera, el trocaba su puesto en lo que viniera en bien del romántico servicio tranviario de Ñuñoa arriba, y Díaz Garcés tomó como base el nombre de este modesto hombre como emb'ema, símbolo y atributo del sacrificio, que con una modestia excesiva hacía de todo sin esperar nada, sólo por el deber cumplido. Y con ese nombre como pseudónimo, finalizaba todos sus artículos que escribía la pluma privilegiada de don Joaquín Díaz Garcés en diarios y revistas del país, rindiéndole así un silencioso tributo de admiración a ese Inspector tranviario del lado de Ñuñoa arriba, que se llamaba Angel Pino.

Sigamos el relato, y veamos lo que decía el conductor del carro culpable:

—“Oiga mi Jefe Jaña, se me tiró un “curao” a la línea, y el carro se lo tragó no más, yo no tuve la culpa mi Jefe, tomé cuatro testigos que vieron que el “finaito tuvo la culpa” —decía acesando el maquinista del carro trágico que había muerto al hombre. con palabras entrecortadas de la emoción. El susto era tal, que el pobre tranviario parecía presa de ataque de epilepsia, todo su cuerpo tiritaba de ver lo que acababa de suceder, y hacer “eso” el tranvía manejado por él.”

—“Güeno”, —dijo con mucho aparato el Jefe Jaña, feliz por la ocasión que se presentaba para darse tono y aptitudes de mando entre tanta gente, eso siempre lo ansiaba él. Volvió a dirigirse a su ayudante, diciéndole con exceso de aparatosidad: —¡Oiga Mandujano, vea bien quién tiene la culpa, pero antes de todo, vaya a preguntarle el nombre al muerto, y después hace lo demás! ¡Có-

mo se ve la candidez e inhabilidad de este Jefe era tal, que ordenaba a un subalterno que hiciera hablar a un muerto, preguntándole su nombre!

No se sabe si Mandujano cumplió al pie de la letra la orden de su inmediato Jefe Jerárquico o recapacitó. Esa orden no podía cumplirla, aunque fuera dada por su Jefe Jaña generalísimo en Jefe de la División del Ferrocarril Eléctrico de Santiago a San Bernardo. A todo se había allanado dócilmente siempre Mandujano. Había cumplido siempre el menor deseo y orden de su superior, pero menos esa vez. ¡No era tarea fácil cumplirla, de preguntarle domicilio y sus datos personales completos a... un muerto!

SI, PERO... YO SOY JEFE

Otro dato curioso y verídico como fielísima anécdota que comentaban de este Jefe, que parecía que todo lo que hacía lo ejecutaba con el paso cambiado. Pues este simple hecho sucedió cuando sólo era un funcionario nuevo, cuando era Inspector. En Santiago, la disciplina era entre los tranviarios tan estricta, que cobradoras, cobradores y maquinistas, tenían que andar en sus servicios pulcramente aseados. Las cobradoras siempre con sus coquetones y diminutos delantales albos y limpios, que más parecían que se los habían sacado a alguna muñeca, poniéndoselos ellas, así tan chiquititos eran. Tenían que usar sus clásicos sombreritos estilo cordobés de hule negro muy lustrado, algunas le sentaban muchísimos, después fué cambiado éste en mala hora por una gorra de paño gris, algunas salieron perdiendo con esta modificación, porque se veían ¡más... viejas! ¡y... más feas!

Al personal masculino lo "atrincaban" por cualquier nimia cosa, por la barba crecida de sólo de dos días se les tildaba con el apodo de "cara de manta" o "cara de escobilla". Si sus zapatos no iban con el brillo correcto, le pasaban el parte de infracción respectivo, cuyo informe llegaba hasta el escritorio del gravísimo y estricto Jefe del Personal, el Sr. Melo, funcionario éste que tenía todas las atribuciones habidas y por haber para sancionar las faltas a lo que su imaginación le permitía, por suerte para el Gremio de esta última cualidad no disponía este Jefe Melo de mucho acopio; pero sancionaba a su arbitrio, sin límites las providencias de sanciones

a sus subordinados, las repartía a destajos, quedando sus fallos como perenne ejemplo, en forma inamovible estampado con tintas indelebles en la hoja de servicio de cada uno, su nota de amonestación, por tal o cual falta que lo denunciaban la Inspección en la calle en sendos y meticulosos informes. El Jefe señor Melo, era el Jefe máximo de este nuevo Tribunal del Santo Oficio que mantenía la Empresa para mantener la disciplina. ¡Y vaya si la mantenía!

Pues bien, este nunca y bien ponderado generalísimo Jaña, llamado por lo bajo el "Tonto Jaña", recién ingresado en Santiago de Inspector, y, como toda "escoba nueva barre bien", el quiso barrer con todo el personal. Cierta día subió a un carro a revisar, como novicio y nuevo que era, quería justificar en algo que su empleo era necesario a la Empresa, quería acreditarse lo más rápido y posible por cualquier medio, esto es, sorprendiendo infracciones. Apenas subió al carro elegido, dió una mirada el "Tonto Jaña" a todo el cuerpo del cobrador desde la gorra hasta los zapatos, y con visión de Sherlock Holmes con gorra azul en vez de jockey de a cuadrado del londinense detective, y en vez de la lupa infaltable de investigador, Jaña llevaba en sus dedos el prosaico y vulgar lápiz, pronto a hacerlo entrar en acción en cualquier informe sobre un papel; Jaña quería sorprender algo censurable a su subalterno, el cobrador ahí presente, digno de informar a la superioridad del hecho, con el ceño postizamente arrugado le dijo al cobrador:

— "Oiga, ¡y usted no se ha lustrado los zapatos! ¡mire cómo tiene el barro en los talones!"

— "Es que... es qué... no tuve tiempo Jefe de lustrármelo. ¿sabe? por no llegar atrasado" — se disculpó todo azorachado el cobrador mirándose sus dos zapatos, y levantó uno de los pies para mirárselos con atención si era efectivo que se veía el barro en los talones, quedando en un momento en equilibrio parado en un solo pie, tal vez, tendría condiciones innatas y naturales ignoradas este cobrador, de esta cualidad de arte circense, y sólo ahí se vino a dar cuenta, mientras demostraba esto en el carro en marcha y con su vista ratificaba la veracidad de su delator talón embarrado. Luego con una velocidad pasmosa sus ojos desde su talón lleno de lodo santiaguino, se instalaron como una flecha a los zapatos de su interlocutor superior jerárquico, y ¡oh! ¡sorpresa de sorpresa!, él también los llevaba tan embarrado, y quizás, si lo aventajaba en la cantidad de sucio lodo a los suyos. Ante la vista de esto, le dió

valor para hacer tan singular comparación, y con mucha audacia pero en forma risueña, pícaro, y en solfa, porque había también que tomar sus precauciones, por si no le parecía bien esta comparación que le iría a decir, y todo decidido, se atrevió a rebatirle a su Jefe con el justo ejemplo a la vista, y le dijo:

—“¡Chi! ¿y los suyos Jefe? ¡mire como los tiene! ¡andan por hey no más con los míos de embarrao!, ¡ah? ¿no, ve?, ¿no ve?, ¡claro que los suyos están un poquito más embarrao, ¡usted me gana por puntos Jefe!”

—“¡Cobrador no sea atrevido! ¡ah?, y si yo los tengo embarrado, ¡pa eso soy Jefe!”, —contestó muy suelto de cuerpo el Inspector Jaña, convencidísimo que su calidad de ser superior en el escalafón de grados, le facultaba llamarle la atención a sus subalternos por no lustrarse el calzado, aunque él anduviera con los zapatos tapados de lodo, y el barro le llegara hasta la bastilla de su pantalón. Para él no se había hecho la frase: “Hay que predicar con el ejemplo”. El cobrador embarrado quiso rebatirle con más vehemencia, con más calor, esta injusticia evidente nueva, muy particular y muy criolla, sólo forjada en el criterio precario del “Tonto Jaña”, pero comprendió que “iba muerto” con él, siempre “iba preso” con la jerarquía distante. Y convencido que era inútil con este Jefe, que ya se estaba dando a conocer de su testarudez y de su poca porción de cerebro que tenía bajo la tapa del cráneo, guardó silencio cabizbajo y amargado. El cobrador cuando reclamó en la oficina esta original anomalía de este superior, que andaba más embarrado que él cuando le pasó ese parte: “Por trabajar con zapatos sin lustrar”, no se le creyó, y como llapa, le asignaron dos puntos más en contra de su garabateada Hoja de Servicio, por tratar de “enlodar” la actuación de un Inspector, negar la veracidad y tratar de sorprender la buena fe de un superior. ¡Tenía la razón el cobrador, pero... siempre fué preso! Los dos pares de zapatos estaban idénticamente embarrados iguales, pero... uno de ellos eran del informante, y... tenían más jerarquía, y por eso... “embarró” al otro...

UNA IMPOSIBLE AFEITADA

Sobre partes de falta de aseo en el personal, se recordaba a otro colega del Jefe Jaña, era igualmente estricto en ésto, era un Inspector de apellido Ortúzar, no había pareja más igual en ese sentido, sus subalternos decían que los dos eran "rotos muy sufridos para pasar partes". Este Inspector Ortúzar, era de aspecto angelical-terrestre, pero que luego ascendió en forma meteórica, tuvo unos ascensos "a chorro", pero no por ser angelical, sino por todo lo contrario a este aspecto. Contaban que se había ganado todos los grados, galones y ascensos, porque era "re natre", acepción que se les obsequiaba a los malos, por el tal gusto amargo del palito de este chilénísimo arbusto campesino: el natre, aunque este arbusto si pudiera, reclamaría, tan injusta comparación a que le hacían objeto con ciertos tipos de este veleidoso mundo.

Este jefe era muy estricto en todo lo que a reglamento y disciplina se refiere, todo lo exageraba a tal extremo lo que hacía, que parecía risible, y había dudas tremendas, que acaso sería él la causa que se inventara la antigua frase: "Es más papista que el Papa". Acaso si no fué por él que se dió nacimiento a este socorrido conjunto de palabras, para asestarla a quien exagera ridículamente toda clase de funciones y normas a su cargo, muy poquísimo le faltó, y no por causa de ausencia de lo mismo que se le reparó a su antecesor, el original, ¡sabe Dios cuándo!

Este rígido Jefe era un flamante nuevo Torquemada tranviario santiaguino, su punto débil era la corrección en todo, puntualidad, aseo, honradez, correcto hasta decir basta. Por ejemplo, en la puntualidad de la llegada a tomar su servicio al personal, los fiscalizaba con unos ojos de lince, con su grandote reloj de bolsillo "Whaltam" en mano, éste artefacto mecánico, signo del tiempo, que en circunstancias apremiantes lo podía fácilmente usar como defensa, y era tan voluminoso, que podía hasta lanzarlo como recio peñascazo. Nadie, nadie, estando el Inspector Jefe 7, Sr. Ortúzar, de servicio, podía llegar atrasado a tomar su servicio con indiferencia, aunque fuera con un escaso minuto de escuálido atraso apenas, ¡qué esperanza! Este exagerado funcionario les llamaba la atención duramente, y... les pasaba su imperdonable respectivo parte de atraso por esos escandalosos 60 segundos que se atrasaron en llegar a su puesto. Hubo días que cayeron tantos en estos involuntarios pequeñísimos atrasos, que el Jefe Ortúzar, que no le perdonaba a

nadie, ¡a nadie! esta grandísima falta según su recio magín a la disciplina, que pasaba horas y horas después de terminar su estricta jornada de trabajo, confeccionando partes y más partes por culpa de los rezagados en uno o dos minutos en acudir a sus labores, ya fueran estos Inspectores, Maquinistas y Cobradores. ¡No perdonaba jamás una falta o una infracción involuntaria! Pedirle disculpa para que no pasara tal o cual funcionario Parte, ¡era tiempo perdido! Era como pretender competir si se hubiera podido, en habilidades Tauromaquías con Manolete, o discutirle y rebatirle temas de Radiotelefonía a Marconi, en ámbas, cualquiera haría el ridículo, lo mismo era pedir disculpa y clemencia a este Jefe Ortúzar, todos con él... iba "muertos". Pedirle disculpa de un error, era tarea tan estéril e inútil, como dictar y exigir atención a una conferencia en medio de un naufragio.

Para que se dé una pálida y veraz visión de lo estricto, disciplinadísimo, severo, riguroso, y estrecho de su hobby, para que anduviera todo tan derecho hasta la extravagancia, y que hacía gala en cada segundo este galoneado Jefe Ortúzar, aquí va una muestra risible, y que aseguraban era verídica, real y auténtica que sucedió: Como era notorio y sabido, los tranvías antiguos tenían en su interior un largo cordón sostenido en la parte del techo, en uno de sus extremos había una gran campana casi siempre bronceada, en la cual el Cobrador desde el otro extremo, le comunicaba la partida o detención por medio de tirones, que se transformaban éstos en campanillazos que le transmitía a su compañero maquinista, tirando una vez el cordón para detenerse, y dos tirones con sus respectivos sonoros campanillazos para las partidas, poniendo en marcha el maquinista el viejo y rezongón tranvía, obedeciendo sumiso el mandato del tintineo de la bronceada campanilla; a veces éste precioso artefacto de ruido, lo tenía casi encima de su cabeza el paciente y sufrido conductor. Bueno, en razón de este mismo, habían Cobradores que al referirse al Sr. Ortúzar tan estricto en su modalidad decían de él:

— ¡Chi! es tan remalo y "aforrador" este Jefe, que hay Cobradores que les ha pasado parte por sólo haber dado la partida, con la mano izquierda!

No sólo a los extraños a su persona él los denunciaba a la Superioridad su falta a la puntualidad, sino que hubo ocasiones que tuvo la audacia y fué inflexible... consigo mismo, para dejar pasar desapercibido un atraso de unos poquísimos minutos. ¡atraso de

el mismol. Ocasiones le ocurrieron como a cualquier mortal, de un vulgar atraso a su sitio de su trabajo, y él mismo se autosancionó, pasándose el mismo. . . ¡su partel! Se acusó él mismo en un severo y lacónico informe de su escandaloso atraso de 4 minutos, cuya curiosa leyenda era así: "Sr. Jefe del Personal, doy cuenta a usted que el Jefe 7 llegó atrasado a su servicio con 4 minutos de atraso", y seguidamente muy forongo y desplantado, firmaba dicho parte-denuncia: "Ortúzar Jefe 7". Por cierto que esto reafirmaba con creces lo de: "Más Papista que el Papa".

Si para la puntualidad era un cronómetro con uniforme el mentado Jefe Ortúzar, para el aseo y la presentación personal de sus subalternos que tenían la penitencia eterna de estar bajo su autoridad y órdenes, era el acabose, era un fanático de la pulcritud y del aseo. Tan exigente era consigo mismo, que él mismo afirmaba que disponía de doce navajas de afeitarse, de las cuales dos de ellas diariamente afeitaban y rasuraban su cara, tratando su "Solingenado" filo dar por casualidad con algún pelo en su cara. Con una de ellas se afeitaba en la mañana, con otra se la pasaba nuevamente luego de almorzar el mismo día, y así todos los días sucesivos. Jamás, nunca nadie, vió nunca un pelo en sus carretillas ni bajo de su barba. Llegaba a tal extremo su alergia a las patillas y barbas de sus subordinados, que hubo ocasiones verdaderamente increíbles, esto sucedió en verdad, ¡les pasó a los Inspectores subalternos suyos! Esto: se les acercaba lentamente a ellos, a los que desde lejos se les veía la cara negreándole una sombrita tenue, en que una profusión de vellos negros querían salir por los poros poco a poco al aire, y este descarado, audaz y atrevido Jefe, les pasaba el dorso de su exigente mano; por las serias mejillas de sus subalternos escandalosamente barbonas de una patilla de dos días. Periodo de tiempo, que el pulcro y severo Jefe ya se había pasado ocho veces sus variadísimas y afiladas navajas, en todas direcciones por su semblante de feliz Sancho, eternamente libre de pelo. Algunos arriesgados entre el personal, le decían en voz baja satíricamente todo lo contrario que era: "Cara de manta". A los que le permitían tamaña bajeza a su personalidad, que les pasara la mano por la cara y él no se las encontrara lisa, suave como el deseara y acostumbraba tenerla él, les decía:

— "¡Mire!, ¡mire!, la media sonajera que se le siente en la cara, y todo por la manta que lleva ahí, y ¡por qué no se la ha echado abajo?, ¡ah?, ¡ah?."